

SOLEMNIDAD DE LA SANTISIMA TRINIDAD

NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(Año Impar. Ciclo B)

Esta celebración litúrgica quiere revivir el misterio fundamental de nuestra fe cristiana: creemos en un solo Dios Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo el año, mejor dicho, toda la liturgia de la Iglesia Católica, está avocada a celebrar este misterio de un Dios y Tres Divinas Personas. En la Escritura, este misterio se revela poco a poco, desde la Creación del mundo, de la nada, realizada por Dios Padre, hasta la plenitud de los tiempos, donde el Hijo, Jesucristo, revela la economía de salvación, y envía del cielo al Espíritu Santo prometido en la fiesta de Pentecostés en que nace la Iglesia. La obra de la redención humana, es obra de la Santísima Trinidad.

Lecturas bíblicas:

a.- Dt. 4, 32-34.39-40: Yahvé es Dios y no hay otro fuera de él.

La primera lectura, nos introduce en la reflexión, que hace el autor sagrado, sobre la unidad y unicidad de Dios. Este primer discurso de Moisés, termina con una profesión de fe monoteísta, y una llamada a la fidelidad al mandamiento principal. Todo lo fundamenta en las pruebas, que debe tener en cuenta el israelita a la hora de profesar su fe en Yahvé. La unicidad de Dios, la puede comprobar en la historia que Dios ha hecho con su pueblo (cfr. Dt.4, 25. 39), como la revelación en el Horeb y la liberación de la esclavitud de Egipto. En todas estas intervenciones divinas, Yahvé entra en la historia de Israel, como el Único, ningún otro dios aparece como Salvador, y los que ha encontrado en su devenir histórico, son mudos e inoperantes, en definitiva, falsos. Sólo Yahvé salva. El predicador, se presenta más que como teólogo, como verdadero pastor, que se dirige al pueblo, como si fuera una sola persona, tentada por las deidades cananeas, ahora decepcionada de ellas, sin futuro. Este predicador, quiere abrir el camino de la esperanza al pueblo, recordándoles los cimientos de su propio existir, los hechos históricos, su vocación, las pruebas de fidelidad de parte de Yahvé, que lo tienen comprometido y exigen del pueblo una respuesta constante. La puerta del futuro está abierta, el camino es la fidelidad a la alianza y a la profesión de fe, en el único Dios, razón de su ser, como pueblo de Dios.

b.- Rm. 8,14-17: Hijos de Dios gracias al Espíritu Santo.

El apóstol nos exhorta a vivir según el Espíritu Santo, para ser uno con Cristo Jesús (cfr. Gál.3,28). La adopción filial no procede de nosotros, sino que la hemos recibido del Espíritu Santo el día de nuestro un nuevo nacimiento, en el Bautismo, participamos del mismo ser de la Santísima Trinidad (cfr. Gál.4,4-6; Ef.1,3-14; Tit.3,5; 1Jn.3,1-2; 4,7; Jn.1,13; 3,5; 2 Pe.1,4). Somos hijos de Dios por gracia, lo que Jesús tiene por naturaleza, nosotros lo tenemos por adopción; el testimonio del Espíritu que nos une al Hijo, hace que podemos llamar a Dios Abbá, como lo llamó Jesús por su dignidad de Hijo. Si hijos también herederos de Dios, coherederos con Cristo, porque ya poseemos a Dios por la visión que nos proporciona la fe, y más tarde, culminar con la visión beatífica (cfr. 1Cor.13, 8-13; 1 Jn. 3,2). Todo llegará a su plenitud si compartimos en esta vida la Cruz de Jesús, sus sufrimientos para ser con ÉL glorificados.

c.- Mt. 28,16-20: Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes.

En este final del evangelio de Mateo, encontramos la ida de los once a Galilea (vv.16-17), y el mandato de la misión universal (vv.18-20). El evangelio, termina con una gran misión final que el Resucitado confía a sus discípulos. Se trata de un mandato solemne y que el Señor envía a sus discípulos a enseñar y bautizar a todas las gentes. Se trata de la apertura del pueblo de Dios, Israel, a todas las naciones. La puerta de ingreso a este nuevo pueblo es el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El poder con que hace Jesús resucitado su anuncio lo ha recibido del Padre, envía a sus discípulos a con poder para que hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ir a Galilea de los gentiles, donde todo había comenzado (v.16; cfr. Mt.2,1-12; 4,15), se convierte en al encuentro del mundo de los paganos, como el monte evoca a Moisés que contempla la tierra a conquistar (cfr. Ex.19; Dt. 34; Mt. 5-7; 17,1-8). La potestad de Jesús, le viene de su condición de Hijo del hombre (v.17; cfr. Mt. 24,30; 26, 64), para instaurar el Reino de la justicia y la paz, la verdad y el amor. Hacer discípulos conlleva enseñar, dar a entender su mensaje para hacer la voluntad de Dios (v.20; cfr. Mt.13,52). Dentro de las naciones destinatarias de la evangelización, también se encuentra Israel, la que heredó las promesas hechas a Abraham y su descendencia, el Siervo de Yahvé, en quien ponen las naciones su esperanza (cfr. Gn.12,19; Mt.1,1; 12,21; Is. 6, 9-10). El mandato de bautizar en el nombre de la S. Trinidad, evoca el propio bautismo de Jesús, donde el Padre y el Espíritu están presentes para revestir al Mesías en su misión evangelizadora. La promesa es estar siempre con nosotros traduce el Emmanuel del comienzo del evangelio, el Dios con nosotros que no abandona a su Mesías, ahora Señor no abandona a su pueblo (cfr. Mt. 2,23;18,20). La misión es el nuevo inicio, desde la montaña de Galilea, de la proclamación del evangelio a todas las naciones. El confiar esta misión de bautizar

a los convocados, la Iglesia en acción, se hace como asamblea, todos responsables del último mandato del Señor Jesús resucitado.

S. Teresa de Jesús, un día comprendió este misterio trinitario. “¡Oh ánima mía!, considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y como ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa.” (Exclamaciones 7,2).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.